L A

E S T A C I Ó N

P E N I T E N C I A L

"La Iglesia es el sacramento universal de salvación". Quizás hayamos escuchado más de una vez esta frase. Es una frase corta pero que a su vez encierra todo el misterio del Cuerpo Místico de Cristo. La cita pertenece a la Constitución Dogmática Lumen Gentium, uno de los documentos del Concilio Vaticano II, referido a la Iglesia Católica. Pero, centrémonos de nuevo en la frase del comienzo: "La Iglesia es el sacramento universal de salvación". Si nos volvemos hacia la definición de "sacramento", encontramos que un sacramento es un signo sensible de la gracia santificante; signo visible de una realidad invisible. Por tanto, si la Iglesia fundada por Cristo, está formada por todos los bautizados injertados en Cristo, son éstos los miembros de su Cuerpo Místico. Así que los miembros de la Iglesia son los signos visibles de esta realidad. Los signos exigen expresividad, y de ella depende en gran parte la efectividad de un sacramento. Es fácil deducir que la efectividad de la Iglesia depende de nosotros en gran parte, de nuestro ejemplo, de nuestro testimonio; en definitiva, de nuestra vida como hijos de Dios.

¿Qué testimonio de hijos de Dios daremos a los demás si no actuamos con conciencia de Iglesia y coherencia cristiana en nuestra vida de cada día?

El fin supremo de la Iglesia es la salvación del hombre. Y es de nosotros de quien depende. Dios no sólo ha llamado a los sacerdotes y religiosos. Todos tenemos una vocación, un papel que desempeñar en esta vasta viña del mundo porque el Señor así lo ha

querido. "El llamamiento del Señor Jesús "Id también vosotros a mi viña" no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquel lejano día: se dirige a cada hombre que viene a este mundo.. La llamada se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo" (Christi fideles laici Nº 2, J.P. II).

El mundo de hoy es un mundo descristianizado, secularizado, un mundo que no quiere reconocer a Dios porque no le interesa, un mundo en el que el pecado es riqueza y el que más peca es el más afortunado. Se han invertido los valores sociales y morales. Pero, quizás lo peor de todo sea que este mundo no se quiere reconocer pecador. Decía Pio XII que "el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado". Todos quieren excusar sus culpas. Nadie se quiere agarrar a la misericordia de un Dios que llegó al extremo de sacrificar a su Hijo para perdonar a los que les abandonan. Y sigue brindándonos su perdón. "Si decimos que no tenemos pecados, nos engañamos a nosotros mismos. Si confesamos nuestros pecados, Dios nos perdona y nos limpia" (I Juan 1, 8-9).

Todo hombre es el hijo pródigo, que cae en la tentación de separarse del Padre, que se desilusiona con el vacío del mundo sin Dios. Y su Padre lo espera, lo abraza al llegar y lo perdona de de todo corazón. Esta es la misericordia de Dios, siempre dispuesto a perdonar.

Su Santidad el Papa nos habla de ello en Reconciliatio et

Paenitentia.

Algunos dirán:¿Y qué tiene que ver todo esto con la conferencia de hoy? Pues ahora paso a explicarlo.

El tema que tratamos es la estación penitencial. Y el sentimiento de la penitencia está en el mismo pecado, en el sentir profundo de habernos apartado de Dios, de no haber obrado como El hubiera querido que lo hiciéramos. A veces al pecar también me surge la duda: "¿Está mal hacer ésto, decir lo otro, pensar aquéllo?". Y se me viene a la mente la frase que muy sabiamente me dijera en cierta ocasión un sacerdote en ese grandioso sacramento, signo visible en el que la gracia de Dios empapa a todos los que se arrepienten, que es la confesión: "Siempre hazte una pregunta: ¿qué habría hecho Cristo en esta situación?".

La doctrina de Cristo es clara y el Magisterio de la Iglesia guiada por el Espíritu Santo nos da las respuestas.

Y nosotros, cofrades, pecadores como hombres y "penitentes" - nunca mejor dicho - como cristianos, ¿cómo no vamos a ser testigos de Cristo?, ¿cómo no vamos a acogernos a la misericordia de Dios a través del sacramento de la confesión y de la penitencia interior?

Sí, éste es el sentido de nuestra estación penitencial, que así será fiel reflejo y testimonio verdadero de una vida vivida por, con y en Cristo, y que quedará en la retina de todos, y más aún, nos acercará un poco más el Reino de Dios mediante un acto que es, por definición, profundamente religioso.

Desde pequeños hemos sentido la atracción del día de la

estación penitencia. Todos los niños cofrades esperan con impaciencia e ilusión ese momento en el que visten la túnica que representa a su hermandad, ese día en el que los magníficos pasos se pondrán en moviemiento por las calles, gracias al generoso y sacrificado esfuerzo de los costaleros, llevando sobre sí una escena evangélica o sencillamente a la Madre de Dios. Ese momento en el que un instante es suficiente para el cofrade fervoroso. "Las salidas procesionales y estaciones de penitencia pueden llegar a ser si se hacen con devoción y dignidad cristianas, valiosas catequesis plásticas en sus recorridos por las calle, las plazas y los caminos de nuestras ciudades" (Las Hermandades y Cofradías, Carta Pastoral de los Obispos del Sur, Nº 20).

Y entonces, el pequeño cofrade crece y se hace hombre. Y es entonces cuando todas sus ilusiones van a tomar cuerpo en el hondo y verdadero sentido de la salida procesional, de la estación de penitencia. Ahora empezará a comprender que palabras como conversión, penitencia, cruz, humildad, mortificación, silencio, oración y sacrificio están íntimamente unidas al penitente.

Porque penitente no es el que va disfrazado, el que se viste con túnica y cubre su rostro con un antifaz sin saber lo que hace, el que carga con un peso que no significa nada para él, el que hace alarde de hombría porque realiza un sacrificio. No nos engañemos. Esto no es ser penitente. Esto será otra cosa pero no es ser penitente. No debemos empobrecer el sentido de esta palabra, que si para muchos es motivo de burla, para el cofrade y el cristiano,

en definitiva, debe ser un principio.

En la estación penitencial el cofrade realiza un acto anónimo profundamente religioso. Son momentos de fe, de testimonio, de recogimiento.

La Carta Pastoral de los Obispos del Sur que trata de las Hermandades y Cofradías nos habla de cómo es la verdadera penitencia: "Los actos penitenciales reglamentarios que realizan las Hermandades ayudan a expresar los sentimientos de penitencia interior referida al pecado personal, tan difícil de aceptar por el hombre. Pero hay que lograr que lo sea así de verdad, como una luz que irradia de la Pasión y de la Cruz de Cristo que se conmemora; y que sitúa al hombre de cara a Dios y en el camino eficaz de salvación que Dios le ofrece. Esta conversión requiere un cambio de mentalidad y de comportamiento en la propia vida, una vez que el hombre ha sabido situarse en su realidad de pecado, a la luz del Espíritu de Verdad".

Es decir, que desde mi consciencia de pecado e iluminado por la meditación de los sagrados misterios que rememoramos, y que son los misterios de nuestra salvación por Cristo, vea con claridad que tengo que cambiar, que tengo que romper con mi yo pecador, que tengo que ser una vez más ese "hombre nuevo" del que nos habla San Pablo (Efesios 4, 24).

La penitencia mueve al pecador a sufrir todo voluntariamente: en su corazón, contrición; en la boca, confesión; en la obra, toda humildad y fructífera satisfacción (Enchiridion Symbolorum. Conci-

lio de Trento) Así que, arrepentido como nos dice esa maravillosa parábola del hijo pródigo, "me levantaré e iré a mi Padre, y le diré que he pecado", reconoceré que soy pecador en el sacramento de la confesión y me dispondré a cambiar reparando con buenas obras mi falta de amor, ayudado siempre de la gracia de Dios.

El cofrade sabe que la penitencia es pesar, que la penitencia es sacrificio, que es a veces dolor, pero también sabe que "El Señor es misericordia" (Reconciliatio et Paenitentia (J.P. II), "Dios es Amor" como nos dice S.Juan, el amor supremo, el amor que perdona siempre a todos los que se arrepienten. Y ese Amor está esperándonos para darnos su Gracia, esa Gracia que nos santificará y hara de nuestra estación penitencial una lámpara que quizás alumbre el camino de Cristo a muchos que no lo ven.

Y nos aproximamos a los días durante los cuales nuestras hermandades van a realizar su estación de penitencia. Pero, situémonos en el tiempo. La quinta semana de Cuaresma está tocando a su fin. Este período litúrgico tiene como finalidad preparar la celebración de la Pascua. Todos estamos llamados de una manera especial a la penitencia por estar cercana la conmemoración del Misterio Pascual, mediante el cual, Cristo consumó la obra de la redención humana, pues muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando nos devolvió la vida. Pero si este tiempo es por sí mismo singularmente importante en la vida del cofrade, mucho más lo es por ser donde va a desembocar nuestro peregrinar de todo un año. El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que "tomar la cruz cada día y seguir a Jesús es el camino más seguro de la Peniten-

cia".

Porque no sólo tomamos la cruz en estos días. Hay muchas clases de cruces. Y cuando las veo de cerca me acuerdo de las palabras del Padre Cué refiriéndose a la cruz de cada día, de cada hombre. No todas las cruces son de madera. Hay cruces hechas de enfermedades, de vicios, de soledad, incluso de falta de Dios. "En la cruz está la vida, en la cruz está la perfección de la santidad. El vino primero, y llevó su Cruz y murió en ella por tí, para que tú también la lleves. Mira que todo consiste en la cruz y todo está en morir en ella. Porque si murieses con Cristo, vivirás con El".(Imitación de Cristo II, 22).

La aceptación de cruz es la base de la penitencia. Porque en la cruz está el amor por los demás, el abandono de sí mismo, la humildad, la oración silenciosa. Y la principal cruz que debe reconocer y aceptar el cofrade es su condición de pecador, para cambiar sabiendo que sin Dios nada podemos hacer. Necesitamos su ayuda. Decía San Agustín hablando de la oración que el hombre es "un mendigo de Dios".

El Viernes de Dolores, ya se empieza a respirar en casa un cierto ajetreo. Surgen algunos comentarios sobre la salida procesional ya cercana (les recuerdo que yo realizo mi estación penitencial el Domingo de Ramos). Parece que faltan horas y aún faltan días. El hábito nazareno anda ya colgado a la espera de ser retocado, recosido en algún punto, probado o aguardando esa limpieza y planchado que lo deje casi nuevo. Y entonces paso y lo veo allí. Lo veo sin arrugas, inmaculado, intacto. Me recuerda a ese hombre

nuevo del que habla San Pablo. Y yo tengo que estar tan limpio, tan entero, sin dobleces, como él. Estos días anteriores a la Semana Santa llaman de manera singular al examen de conciencia. Siempre recuerdo una cita de los ejercicios espirituales de San Ignacio de Loyola que me impacta y me sensibiliza especialmente: "Después de saber lo que Cristo ha hecho por mí, a partir de ahora, ¿Qué voy a hacer yo por Cristo?". No olvidemos nunca que los misterios que estamos conmemorando son los de nuestra salvación por Cristo. El lo dió todo por nosotros. Como El mismo dijo "no hay amor más grande que el de aquél que da la vida por sus hermanos". Este sí que es el amor radical. Y ese sacrificio supremo de Cristo por mí, por cada uno de nosotros, nos está llamando a todos a responder aquí y ahora, de una forma efectiva.

Entonces llega ese Via Crucis nocturno, en el que el silencio y la meditación de las estaciones son elementos fundamentales que llevarán al cofrade a la identificación con ese Cristo despreciado, con ese Cristo que cae y se levanta, con ese Cristo doliente, con ese Cristo, en fin, que abraza la cruz. Y me digo: ¡"Señor, cómo me duele verte así"! ¡Y pensar que todo esto lo hiciste por mí, para salvarme, para que no muera en mi pecado!"... Pero es muy difícil aceptar la cruz por pequeña que sea. Hay que vencer la soberbia, la avaricia, la lujuria, la ira, la gula, la envidia, la pereza... Son muchos y fuertes enemigos para sólo un hombre.

Un poco más tarde El ya me ha convencido de que si quiero, puedo, porque con El todo es posible. No puedo excusarme diciéndome que cuesta. Todo lo que merece la pena supone un esfuerzo. Y El, ¿no

hizo más por mí de lo que yo pueda hacer en toda mi vida por El? ¿Qué voy a hacer yo por Cristo?

Primero, convertirme con su ayuda a través de los sacramentos en el hombre nuevo, y luego, llevar su mensaje a los demás.

Yo sé que volveré a caer, Señor, pero con tu ayuda me levantaré. La cruz pesa y te hace caer, pero Cristo te da fuerzas para levantarla y llevarla. Si quiero ser feliz tengo que vivir en Cristo y si quiero vivir en Cristo tengo que cortar laa ataduras que me impiden llegar a El. Me está esperando en el sacramento de la confesión, con los brazos abiertos, dispuesto a perdonarme. ¿Le voy a defraudar? Y por la gracia de Dios, me digo como aquel hijo de la parábola: "Me levantaré y volveré con mi Padre".

El sábado ya se están ultimando los detalles referentes a la salida, ya sea en cuestiones que tengan que ver con la formación del cortejo o bien con la estética de los pasos. Ahora sí que el hábito está presto para cumplir su papel. Solo espera el momento de la estación penitencial. Al mismo tiempo, ya voy haciendo mi examen de conciencia. Porque tengo que llenar mi espíritu de sosiego antes de entrar en ese día tan especial para un cofrade. Y ese cáliz espiritual sólo lo puede llenar el Señor con el vino de su gracia. Verdaderamente, en la salida procesional debemos ser como cálices vivos llenos de la gracia santificante ofreciendo nuestra penitencia a Dios. Si no lleno mi alma de arrepentimiento y conversión, de misericordia y gracia divinas, ¿qué penitencia voy a realizar?

La claridad del día va penetrando poco a poco en mi habitación

a través de la ventana. Voy abriendo los ojos lentamente. Cuando me espabilo recuerdo que es el día. Rápidamente doy un salto de la cama y busco el cristal de mi ventana para ver cómo ha amanecido el cielo. ¿Está despejado o nublado? Y yo, ¿cómo estoy?
Debo aprovechar los momentos que quedan antes de la procesión para ponerme en paz con Dios, si es que no lo he hecho antes. Me preparo y voy a la misa y procesión de palmas. Allí o en cualquiera otra iglesia o capilla habrá un sacerdote, administrador de la gracia de Dios, que se derrama sin medida.

Santiago y Pedro en sus epístolas no dicen: "Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia". Un buen cofrade de esta hermandad insistía hace poco en una charla en las Angustias en que la estación penitenciasl debe hacerse en estado de gracia. "La humildad es la base del sentir penitente. El Señor, en su infinita sabiduría, quiso que precisamente fueran hombres, consagrados, pero hombres al fin y al cabo, los que administraran el el sacramento de la confesión, los que actuaran como mediadores entre el pecador y El. Porque es una prueba de humildad. Y el que te escucha también es pecador, así que va a comprender tus limitaciones. ¡Qué gran maravilla! ¡Qué don desprendido que a pesar de ser nosotros los que hemos cometido la falta, salimos ganando porque Dios nos llena de gracia!

Ya volví de la celebración de la Santa Misa en este día tan señalado para un cofrade. Tras un ligero almuerzo, espero impaciente la hora de vestirme con el hábito nazareno. Es entonces cuando el cofrade debe examinar la importancia del acto que se dispone a

realizar. Es imprescindible hacerlo en estado de gracia, porque es la gracia santificante la que va a actuar imprimiendo en mi alma vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad. Es bueno siempre hacer un acto de contricción, considerando que mi salvación brota de la pasión de Cristo. Me duelen mis pecados y propongo enmendarme con la ayuda de Dios. Entonces estaré lleno de humildad, la que necesito para transmitir el espíritu de Cristo por donde pase.

Y me dispongo ya a revestirme con hábito nazareno. La túnica es un símbolo, un signo externo, pero debemos tratarla con mucho amor, ya que el mismo acto que representa, si se hace con verdadero espíritu penitencial, le imprime ese carácter tan especial.

Me gusta recordar las oraciones del sacerdote antes de la celebración eucarística, al revestirse con los ornamentos sagrados, que a mi manera de ver están muy relacionadas con los propósitos del penitente. Todos los bautizados somos partícipes del oficio sacerdotal de Cristo, además del profético y real. Por tanto, no resulta extraño que estas humildes oraciones de un sacerdote puedan ser usadas por cualquier cristiano y, en este caso, por un cofrade que se viste con la túnica penitencial, consciente de lo que representa, "Líbranos, Señor, de nuestros pecados" es la primera petición del sacerdote. Quizás sea la oración principal del penitente. Que no vuelva a ocurrir, Señor, no permitas nunca que me aparte de Ti.

La túnica puede ser relacionada con el alba. Simboliza la pureza de corazón. Esa pureza que nos ha dado el Señor, tras limpiarnos de nuestro pecado en la confesión. Es la pureza de intención que debe guiarnos en nuestras futuras acciones. Purifícame, Señor, y limpia mi corazón.

El cíngulo simboliza la necesidad de luchar contra la carne, ceñirnos el cuerpo con la pureza, extinguir el fuego de las pasiones incontroladas para que permanezca en nosotros la virtud de la castidad. !Señor! Tú que dijiste "El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt. 26, 41), ayúdame a someter la carne al espíritu para que siempre el centro de todo lo que haga seas Tú. El esparto y la faja de los costaleros se pueden corresponder con este mismo sentido.

La capa puede simbolizar el yugo suave de la ley de Dios. Señor, que dijiste: "Mi yugo es suave y mi carga ligera", haz que lo lleve de tal manera que alcance tu gracia. En los hermanos costaleros, este simbolismo lo puede representar la molía, con la que llevan a sus sagrados titulares, aceptando que en su vida también reine Cristo sobre todas las cosas.

El capirote es el elemento menos vistoso que forma parte hábito nazareno, pero no por ello el menor importante. Jesús también llevó sobre su cabeza un capirote, sólo que el suyo era de espinas. Nuestros pecados fueron las espinas que traspasaron la cabeza de nuestro Señor. Porque ellas fueron meros instrumentos de la Pasión que Cristo sufrió por nosotros, por nuestros pecados. ¡Señor! Que lo lleve erguido porque crucifico en mi vida lo que no quieres que sea.

Por último, me coloco el antifaz. El sacerdote dice: "Impón en mi cabeza, Señor, el casco de la salvación para rechazar los asaltos del maligno". Hemos de defendernos de los enemigos del alma. Al ponerme el antifaz sólo veo a través de las aberturas de los ojos. Que, del mismo modo, Señor, sólo vea yo por tus ojos,

y no permitas que la oscuridad del mundo me aparte de tu camino.

Y así, de blanco, rojo, verde, morado, negro, azul ... aparecen los nazarenos con los colores que representan a sus hermandades, y que simbolizan virtudes cristianas o elementos de la Pasión.

Pureza, caridad fraterna, esperanza, oración, dolor por los pecados, ... Todo se encuentra ya no sólo en la túnica nazarena sino además en el alma del verdadero penitente.

Con mi hábito puesto, me dirijo a la capilla dentro del período de tiempo establecido. El recogimiento interior debe ya acompañar al cofrade en el camino hacia la parroquia o capilla donde tendrá lugar la salida. A menudo nos encontraremos con gente. Gente de todo tipo. Desde esa persona que respeta el sigiloso pasar del nazareno hasta el que no lo hace. Pero él debe seguir su caminar, consciente de que todo ello forma parte de la penitencia que se dispone a realizar.

Al llegar, todos esperan en silencio el instante de la salida. Unos instantes antes, se rezan las oraciones pidiéndole al Señor que nos acompañe durante el recorrido, y que siga haciéndolo luego en nuestro camino de cada día. Las celebraciones litúrgicas anteriores a la estación de penitencia son elementos que no deben faltar pues ayudan al recogimiento interior del cofrade y a la meditación de la Pasión de Cristo, por la cual fuímos salvados y que rememoramos en la eucaristía ("Sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada para el perdón de los pecados"). "Nuestras hermandades y cofradías deben recuperar las celebraciones litúrgicas que precedían a las salidas procesionales. En este espíritu tenemos

que coordinarlas, facilitando a todos su asistencia, fomentando el fervor y la devoción en los participantes" (Las Hermandades y Cofradías Carta Pastoral de los Obispos del Sur, Nº 21).

Y se inicia la estación penitencial. El nazareno debe llenarse de humildad al disponer su espíritu para un acto que podemos definir como una oración comunitaria; una oración en la que vamos a pedir al Señor perdón por nuestros pecados. Y la humildad, como dice San Agustín, es la base de la oración. Cristo escucha la oración de fe expresada con palabras o en silencio - recordemos su encuentro con la hemorroísa (Mt. 9, 20-22).

Y es este silencio el que va a presidir el caminar del penitente. La Imitación de Cristo nos dice: "Si quieres arrepentirte de corazón, entra en tu retraimiento y destierra de ti todo bullicio del mundo" (I, 20).

Es este silencio, esta meditación, este diálogo interior, en fin, con Dios, el tesoro escondido del nazareno que recorre penitente las calles de cualquier ciudad. "El camino es una experiencia espiritual. Es el abandono de todo lo que tengo para encontrar algo que valoro más que todo lo dejado. Es el paso por la soledad y el desierto, antes de alegrarse por haber encontrado lo que se buscaba .

Con frecuencia hemos escuchado del Señor: "y entonces se retiraba un poco a orar". Al igual que Cristo, el nazareno encuentra un momento de retiro y de oración en el camino de la estación penitencial. Es el diálogo íntimo entre Dios y el pecador; entre el Padre bondadoso que perdona siempre y el hijo que, arrepentido, vuelve a Él. Las oraciones tradicionales acompañan al penitente; el Santo Rosario desgranado en las manos de muchos cofrades durante la salida procesional, y hasta el rezo espontáneo del que, con gran humildad, se acerca con palabras sencillas y sinceras al Señor.

Todos somos peregrinos y caminantes en esta tierra, y hacer la estación de penitencia supone una experiencia que nos debe llevar hacia la conversión al mensaje de Cristo". (Las Hermandades y Cofradías, Carta Pastoral de los Obispos del Sur, Nº 54). El sa-

crificio, la mortificación, el sufrimiento, son las grandes armas del cofrade contra el pecado. Estamos llamados a ser santos, y el camino de la santidad pasa por el combate del espíritu: yo contra mi mismo.

El cansancio, el capirote, la cruz, el atributo, el cirio, la molía .... son compañeros inseparables del nazareno. Elementos típicos de la salida procesional que nos identifican de diversas maneras con Cristo. Elementos que nos llevan a El. El cansancio en su camino hacia el Calvario con la cruz a cuestas, su dolorosa coronación de espinas, sus sufrimientos. Dolor que parece oscuridad, pero que engendra claridad; el dolor por nuestros pecados y la claridad con que iluminó nuestras almas que estaban muertas. El está aquí entre nosotros, a nuestro lado, iluminándonos, hoy como siempre, como ese cirio encendido que nos acompaña en la oscuridad de la noche nazarena.

Y tras un río de antifaces surgen los cofrades costaleros. Las trabajaderas acogen a todos ellos, a manera de esforzada y dolorosa cruz. El silencio debe también llenar la parte inferior del paso, donde el cofrade reza con su esfuerzo y llora los pecados con su sudor.

Fuera de este silencio, fuera del cortejo y de los pasos, escuchamos el bullicio de la gente que observa la procesión. Algunos callan mientras miran atónitos. Otros ríen, distraídos con otros asuntos. Hay quienes se entretienen en ver la escena con sentir pagano. Incluso alguien llora emocionado.

Este es el pueblo que contempla la penitencia del cofrade y

los misterios representados sobre las soberbias andas de madera. Alguna vez me recuerda al pueblo hebreo durante el caminar de Cristo por las calles de Jerusalén. Allí igualmente estarían los sorprendidos, los que se burlaban, los indiferentes, los piadosos, los misericordiosos... Estaban todos allí como aquí, ayer como hoy. Y es entonces cuando la humildad y la oración silenciosa del cofrade rebosa los límites del propio nazareno y adquiere un valor misionero. Porque siempre quedará algo grabado en la mente de una persona que asiste al procesionar de un verdadero penitente.

Durante toda nuestra estación de penitencia nos estará acompañando como siempre el Refugio de los pecadores. La Santísima Vírgen María, que es el camino más seguro para llegar a Cristo, acoge con corazón maternal al pecador arrepentido. Ella, que sufrió con paciencia y humildad infinitas en su vida hasta el extremo de ver a su Hijo clavado en la cruz, es templo de misericordia. Ella, que es Madre de Aquel que dijo "Perdonad hasta setenta veces siete" y Madre nuestra nos acogerá en sus brazos y nos curará. Acudamos siempre a María Inmaculada, que es mediadora, vía de salvación y fuente de santidad.

Poco a poco, nos aproximamos a la capilla para concluir así la estación penitencial otro año. En esos momentos pienso que no es simplemente un año más, sino un año más en que Dios me regala la gracia de vivir a Cristo, de caminar con El y por El por las calles de Jerez, de sentir lo que significa la salida procesional para un cofrade. Un año más, en fin, en que Dios en su amor infinito, ha perdonado las muchas veces que me he apartado de El por mi

pecado, y me ha convertido de nuevo, limpiando mi mal y cambiándolo por gracia santificante. La recogida de la hermandad en su templo está tocando a su fin. Emocionado contemplo las siluetas del misterio deslizándose al paso por el muro de la capilla. Mientras, bajo un palio celeste lleno de estrellas aparece más lejana nuestra Madre pero muy cercana en nuestro corazón, ya que hoy más que nunca es Auxilio de los Cristianos arrepentidos y Salud de los Enfermos del alma.

Se cierran las puertas y el director espiritual se dispone a dirigir las oraciones finales y la acción de gracias. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo cuando entonamos al "Salve, Madre" y terminamos diciéndole a la Virgen: "Tú no te olvides de mí". Al concluir y en silencio, el nazareno vuelve a su casa. Lleva el espíritu en paz y lleno por todo lo que acaba de vivir.

Lo que queda de Semana Santa transcurrirá para el cofrade con un gozo grande, sabiéndose regalado de la gracia de Dios e identificándose con cada estampa procesional. Son los dones que guarda el Señor para el arrepentido, para el que reconoce su culpa: en una palabra, para el verdadero penitente.

El domingo amanece con Cristo resucitado. Es la resurrección tan esperada con que se cierra esta semana mayor del sentir cofrade. La resurrección de Cristo que se convierte en la nuestra propia una vez más, porque por ser El amor sin límite ha vuelto a resucitar nuestra alma mediante el sacramento de la confesión, signo sensible del amor con que Dios acoge al pecador arrepentido, al penitente.

A veces me siento como Zaqueo. Un hombre que se reconocía pecador. Cristo va a su encuentro y lo llama. El reconoce sus faltas y se arrepiente. Jesús le dice:"Hoy entró la salvación en tu casa porque he venido a buscar y salvar lo que estaba perdido".(cfr.Lucas 19, 9-10).

Esta es la misión salvadora que Cristo encomienda a la Iglesia: buscar y salvar lo que está perdido.

Un cofrade decía que la hermandad es camino de salvación. Y no puede ser de otro modo, porque la hermandad forma parte de de la Iglesia, y como Iglesia está ordenada en su fin último a la salvación del hombre. Ese Cristo y esa Vírgen a quienes damos culto en nuestra hermandas quieren que rompamos con nuestro pecado. El Señor nos está esperando siempre. Vayamos a su encuentro. Todo, todo lo que hagamos por El nos lo devolverá en forma amor. Pio XII nos dice:"Misterio verdaderamente tremendo y que jamás se meditará bastante: que la salvación de muchos depende de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo" (Mystici Corporis Christi Nº 19). Y si la hermandad es camino de salvación, la estación penitencial es misión salvífica. Misión que es ofrecimiento del penitente al Padre en satisfacción por los pecados cometidos.

Es ofrenda, que por estar destinada a Dios y para ser testimonio válido debe hacerse en estado de gracia, luego de haber confesado nuestras culpas, como templos vivos del Espíritu Santo.

Los jóvenes somos parte fundamental en este combate espiri-

tual de la Iglesia y por tanto, también en nuestras hermandades, ya que, como dice el Santo Padre, "el futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las jóvenes generaciones, que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo". (Tertio Milenio Adveniente Nº 57). Nosotros somos la base de la Iglesia futura que lucha por Cristo. Una lucha que es a la vez lucha contra el pecado. Esta lucha no es fácil, pero Dios nos dará la gracia necesaria para vencer y al caer contaremos con su misericordia.

Acudamos siempre a El, mientras tanto en una estación penitencial que se repetirá otras tantas veces, le decimos confiadamente, como le dijera San Alfonso María de Ligorio:

Por estas llagas que en Ti,
Quiso abrir tu santo amor,
Con tan inmenso dolor,
Jesús, ten piedad de mí,